

Hasta que no terminé de redactar la octava y última parte de la serie sobre Kurt Wallander, no caí en la cuenta de cuál era el subtítulo que, en vano, había estado buscando para ella sin cesar. Una vez que todo lo relativo a Wallander o, al menos, la mayor parte, pertenecía al pasado, comprendí que ese subtítulo debía ser, lógicamente, «Novelas sobre el desasosiego sueco».

Pero lo cierto es que se me ocurrió, como digo, demasiado tarde. Pese a que los libros no eran sino una variación sobre este único tema: «¿Qué estaba sucediendo con el Estado de derecho sueco durante la década de los noventa? ¿Cómo sobreviviría la democracia si los fundamentos de dicho Estado no se mantenían ya intactos? ¿No tendrá la democracia sueca un precio que pueda llegar a parecernos demasiado alto y deje de merecer la pena pagar?».

Precisamente estas preguntas han sido el motivo de la mayor parte de las cartas que he recibido, de las que deduje que no eran pocos los lectores cuyas observaciones y juicios podían considerarse como muy acertados. Y creo que bien puedo dar por confirmado el hecho de que Wallander ha funcionado como una especie de portavoz de la sensación de inseguridad dominante que muchos ciudadanos experimentaban, de su indignación y de sus justas valoraciones sobre la relación entre el Estado de derecho y la democracia. Se trataba unas veces de largas cartas en sobres abultados o de sencillas tarjetas postales procedentes de lugares extraños de los que nunca había oído hablar; en otras oca-

siones, era una llamada telefónica la que me alertaba a deshoras o unas palabras excitadas que me llegaban por correo electrónico.

Sin embargo, no han sido el Estado de derecho y la democracia los únicos temas de consulta. En efecto, algunas de las cuestiones planteadas por los lectores aludían a las incoherencias que muchos de ellos habían detectado, con no poco regocijo, en mis novelas. En la práctica totalidad de los casos en que los lectores habían detectado «fallos», éstos eran, ciertamente, reales (y permítanme que, de una vez por todas, deje aquí bien claro que, también en este volumen, surgirán nuevas incoherencias, pero que así son las cosas, ¡esto es lo que hay! Y no se ha de culpar al redactor editorial, pues no habría podido encontrar a nadie más diligente que Eva Stenberg).

En cualquier caso, en la mayor parte de las cartas, el remitente acababa formulando la misma pregunta: ¿qué había ocurrido con Wallander antes de que comenzase la serie policiaca? Es decir, indagaba acerca de todo lo que sucedió, con una indicación temporal exacta, antes del 8 de enero de 1990, la mañana en que, a hora bien temprana, Wallander fue arrancado de su sueño al comienzo de *Asesinos sin rostro*. Y no crean que no comprendo el hecho de que la gente se pregunte cómo empezó todo: cuando Wallander entra en escena tiene ya cuarenta y dos años, y anda camino de los cuarenta y tres. Pero, para esa fecha, él ya lleva mucho tiempo siendo policía, ha estado casado y aparece como separado, tiene una hija y, en un momento dado, se desliga de la ciudad de Malmö para refugiarse en Ystad.

Y los lectores se plantean preguntas, por supuesto, igual que yo mismo. Durante estos nueve años, me he dedicado, de vez en cuando, a hacer limpieza en los cajones, a rebuscar entre polvorientos montones de papeles y en la maraña de disquetes.

Hace algunos años, justo cuando acababa de terminar el quinto libro, *La falsa pista*, tomé conciencia de que, mental-

mente, había empezado a elaborar historias que se remontaban a una época anterior a la del comienzo de la serie, o sea, anterior a la mágica fecha del 8 de enero de 1990.

Y aquí he reunido ahora estos relatos, algunos de los cuales se publicaron con anterioridad en diarios y revistas. He de admitir que los he revisado con bastante ligereza. Algunas inconsistencias cronológicas y palabras ya inoperantes en el sistema de la lengua sueca han sido eliminadas y dos de los relatos son inéditos.

Sin embargo, no quisiera que el lector pensara que he dado a imprimir estas narraciones por el simple hecho de haber estado haciendo limpieza en mis cajones. Lo hice porque constituyen el signo de admiración que precisaba el punto final que puse el año pasado. Hay ocasiones en que, a la manera del cangrejo, resulta útil retroceder... hasta un punto de partida. Hasta el espacio de tiempo que se sitúa con anterioridad al 8 de enero de 1990.

Ninguna imagen reproduce la totalidad. Pero, en mi opinión, estas contribuciones han de salir a la luz.

En cuanto al resto, es silencio; y en él permanecerá.

*Henning Mankell, enero de 1999*